



LA NUEVA CONCIENCIA NACIONAL

Se dice que durante la última gran guerra de las naciones se han forjado en los frentes de batalla nuevas conciencias nacionales; que del fondo de las trincheras han surgido nuevas formas de patriotismo. Se dice así, pero no lo creamos demasiado. La lectura de la ya célebre obra de Barbusse, «El fuego», puede ilustrarnos al respecto. Pero lo indudable que en el frente de guerra ruso cuajó el bolcheviquismo y que en el frente de guerra italiano se hicieron el fascismo de una parte y de otra el nuevo socialismo italiano, amén del partido popular. La guerra puso en contacto a hombres de distintas procedencias, de regiones distintas, de clases diversas. La conmoción aun dura.

Nosotros, los españoles, tenemos hoy nuestra guerra; no sabemos bien si colonial o civil, pero de cierto que no nacional. Porque podrá discutirse si la guerra de Marruecos es una guerra colonial, o una operación de policía, o una conquista dinástica o acaso una guerra civil, pero que no es una guerra nacional nos parece evidente. Y si no es una guerra civil, por lo menos de ella puede rebrotar nuestra eterna guerra civil, la que da tono y color y sabor a toda nuestra historia del siglo XIX.

¿Saldrá de la guerra de Marruecos una nueva y más dolorosa conciencia de la nacionalidad española? ¿Surgirá de aquellos campamentos con un nuevo dolor un nuevo sentimiento de la patria? Lo que en 1898 no logramos los que no habíamos luchado y sufrido en Cuba y Filipinas, ¿lograrán los que hoy luchan en Africa?

Los soldados de entonces, de 1898, o eran analfabetos en su inmensa mayoría o como si lo fueran; eran hijos de lo más humilde del pueblo. Pero hoy hay en las filas del ejército que sufre en Africa un fuerte elemento de muchachos que se enteran, que tienen conciencia civil y conciencia patria, y a su contacto los otros se enteran también. Basta que en una compañía haya cuatro o cinco capaces de sentido histórico, de informarse de lo que realmente pasa, para que los demás se informen. Y de poco o de nada sirve querer evitar que lean la prensa. Como que lo grave no está en lo que los soldados de Africa puedan leer en los periódicos que les lleguen de aquí, de España; lo grave está en lo que ellos desde allí nos dicen. Que cuentan y no acaban.

Es, sí, terrible que el paludismo y la disentería y el tifus estén haciendo presa en nuestra juventud, que se aja y consume en Africa; es, sí, terrible que mientras aquí se celebra la Fiesta de la Flor para recaudar fondos con que combatir la tuberculosis, esta tremenda dolencia

esté adueñándose de la flor de nuestro pueblo allá, en aquellas desoladas tierras; pero hay otra tisis, otra consunción más terrible. Es la tisis del alma patria, es la tisis de la conciencia nacional. Y esta tisis está allí prendiendo en los espíritus de los que han de dirigir mañana los destinos de la patria.

En aquel frente — ¿frente?, más bien en aquella espalda, — en aquella espalda de guerra se está formando una dolorísima conciencia nacional. ¡Hay que oír a los que han pasado por esa escuela pavorosa! ¡Hay que oír a los que vuelven de

Africa! Lo de menos es la suciedad en que han estado envueltos sus cuerpos. De ésta podrán limpiarse.

No vuelven, ciertamente, con el estupor magullante con que volvían a sus casas en otras naciones los que se vieron mejidos en horror en el fondo de las trincheras cuando les majaban en ellas los obuses enemigos o se sintieron envueltos en gases asfixiantes, pero vuelven con el alma lacerada. ¡Y no por obra de los moros, no!

Los hemos visto ir llorando. Vuelven con los ojos secos, pero enrojecidos. Vuelven con el alma entenebrecida.

Y no les habléis de heroísmo. Eso del heroísmo de los del tercio, de los legionarios, está bien para hacer novelas cortas desde aquí, desde España, y para que las lean enusiasmadas las camareras y las cupletistas y las mundanas, las mismas que se entusiasmaban con Mateu o con un torero. Que el legionario no es para ellas más que un diestro así, ni el heroísmo otra cosa que valor de macho. No, no les habléis de ese heroísmo de exhibición teatral, cinematográfico — y lo que es peor, emparentado con literatura libidinosa, — a los que vuelven de Africa. No les habléis del heroísmo del mercenario. Ni del heroísmo de aquel que va «voluntario» a una empresa bélica, no por entusiasmo hacia la causa de ella, no por devoción a la finalidad que con la guerra se persigue, sino por temperamento belicoso. El verdadero heroísmo en la guerra es el de los hombres por naturaleza pacíficos. El verdadero heroísmo no es cosa de masculinidad, sino de humanidad; no es cosa de instinto, sino de razón.

Vuelve de Africa nuestra mocedad con el alma lacerada y henchida de un amargo desconsuelo. Y ¿qué efecto produce en el alma de estos jóvenes que han pasado por aquel purgatorio esa discusión de si se pudo o no ir en socorro de los cercados en Monte Arruit! ¿Qué efecto les produce el saber que no se depurarán las responsabilidades todas del desastre de Annual!

Se está, sí, formando en Africa una nueva conciencia nacional, pero esta conciencia es una llaga de contrición.

Miguel de UNAMUNO.